

HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»
EN EL CENTENARIO DE
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL
(1917 – 2017)**



2017

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

Fotografía:

Francisco Sánchez Moreno

Comisario de la Exposición:

Juan Hidalgo del Moral

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza

Diseño:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Juan Muñoz González
Fotoestudio Jiménez
J.C. Nievas
A. Holgado
Tomás Egea
MBAC

Dep. Legal: CO 2143-2017

Todo proyecto editorial implica una estética, un itinerario cuyo trazado ha de ser minuciosamente programado por quienes secundan tan apasionante ventura. En esa común actitud que quisieron compartir los integrantes del Grupo *Cántico*, la palabra y la imagen quedaron imbricadas para ofrecer a sus lectores una única realidad estética, un común lenguaje artístico: el de la poesía junto al de la pintura. Texto e ilustración se aúnan de tal manera que forma y significado quedan mutuamente realzados, al mostrarse figurativamente la interpretación plástica de lo que se dice con una misma desnuda identidad, otorgándose idéntico énfasis tanto al aspecto sintáctico como al semántico. Y es que casi la totalidad de los escritores integrantes del grupo fueron también magníficos ilustradores. Es cierto que Ginés Liébana y Miguel del Moral fueron los auténticos ilustradores de *Cántico* a lo largo de los diecinueve años de vigencia que tuvo la revista, pero no es menos cierto que también los poetas, sin excepción, participaron de ese doble lenguaje artístico que caracterizaba al colectivo: Pablo García Baena había conocido a Ginés siendo ambos alumnos de la Escuela de Artes y Oficios; Ricardo Molina era también un apasionado dibujante, y un esteta que, providencialmente, supo recrear para el futuro una noble imagen de la Córdoba atemporal; de igual modo Mario López fue un magnífico ilustrador, siendo valorado Julio Aumente como "el más pintor de los poetas de *Cántico*". Por ello, a las ilustraciones, a lo gráfico, dentro del contexto de aquellos álbumes, se les confirió tanta relevancia como a los propios textos, cuidándose en el diseño de cada número hasta el más pequeño de los detalles para la consecución de este primordial objetivo: poesía e imagen debían coadyuvar sus comunes potencialidades para que quedara "todo contemplado, sentido, con el paganismo inocente de quien descubre la forma y la raíz mágica de su significado".

Junto a los ya citados, otros ilustradores contribuyeron con sus trabajos a conformar el imaginario de la revista: Rafael Álvarez Ortega, Gregorio Prieto, Manuel Aumente, Rafael Medina, Pedro Bueno, Francisco Nieva..., pero también dicciones más innovadoras, como las aportadas por Joan Brodat, Guinovart y Xam, a quienes Ricardo Molina invitó a colaborar.

En esta misma línea de continuidad respecto a aquel fecundo vórtice de imaginería pagana de raíz modernista, que caracterizó al grupo, la Real Academia de Córdoba, a través de sus artistas-académicos actuales, rinde tributo con similares afanes al celebrarse ahora el centenario del nacimiento de dos de los más representativos intérpretes del colectivo: Ricardo Molina y

MIGUEL DEL MORAL, Ricardo Molina (1950)



Miguel del Moral, hermanados aquí como lo estaba la palabra y la pintura en aquel memorable contexto tipográfico.

GINÉS LIÉBANA destaca, por derecho propio, como uno de los más representativos intérpretes de esta exposición: ya adolescente, inicia una entrañable amistad con el poeta Juan Bernier, con quien más adelante fundará —junto a Ricardo Molina y Pablo García Baena— la revista *Cántico*, donde participa como ilustrador en sus páginas, convirtiéndose —con Miguel del Moral— en genuino creador plástico de excepción de la misma, tanto en las portadas como en la iconografía de su interior, donde da desarrollo a su particular ficción, tan sorprendente, siempre turbadora e imaginativa, de filiación surrealista. Su pintura se construye desde una figuración objetiva, enraizada con el arte centroeuropeo, de intensa carga narrativa, plena de símbolos y freudianas intencionalidades, que quizás alcance sus mayores logros en la estimación del género del retrato, donde conspira con el egipto para constatar esos enigmas íntimos que apenas reconocemos, y que, sin embargo, constituyen

aspectos fundamentales de nuestra personalidad, sin renunciar a plasmar igualmente la singularidad física del modelo.

Un naturalismo de raigambre benlliureano aflora en la suerte taurina que magistralmente recrea el escultor **JUAN POLO**, una obra pletórica en su dinamismo y de rotunda expresividad. Pero es en el género del retrato donde este artista ha sabido plasmar con singular acierto sus plenas potencialidades compositivas, y así nos muestra mediante una plástica aproximación a la psicología de Don Luis de Góngora, la desengañada postración de los últimos años del poeta, magistralmente representada por la creatividad inagotable de este mago de la forma.

El trabajo seleccionado para esta muestra por parte de **ANTONIO BUJALANCE** corresponde a la serie iniciada hacia 2003, mediante la que quiso rendir tributo a la especialidad de las artes que está más plenamente interiorizada en la condición humana: la música. En cada una de las composiciones de esta secuencia las cinco líneas del pentagrama constituyen la referencia y a su vez la base ideográfica sobre la que el color eleva su vuelo, sonorizando el espacio de la representación mediante fugaces y rápidos signos gestuales de clara inspiración musical. Como en la música, donde la ordenación de las notas fundamenta la melodía, en cada uno de estos cuadros la aproximación de los valores tonales, o su adecuado contraste, configuran los necesarios recursos plásticos para la consecución de la armonía. Aquí emerge Bujalance como un auténtico y maduro creador, reduciendo drásticamente los acúmulos innecesarios de irrisación, abismándose en la difícil coyuntura de diferenciar sutilmente los tonos dentro de una misma gama cromática, tal y como acontece en la obra *Homenaje a la Música IV*, una de las más intensas y consecuentes de la serie. Con el otro trabajo seleccionado por el autor para la muestra, *A diez mil años luz*, demuestra el artista cómo es posible orquestar una composición con la única herramienta que proporciona el puro goce del color, activando todo un compendio de posibilidades técnicas, consecuencia de su contrastada y veterana experiencia en la práctica pictórica.

Frente a la aparente simplicidad de su escultura, **JUAN A. CORREDOR**, en un alarde de acúmulos formales neobarrocos, expulsa la estatuaria volumetría de una iconografía secular: la del monumento ecuestre, de compleja orquestación, ahora reinterpretado para hablarnos —como Pablo García Baena— del "*viento que aúlla en Sandua, como un negro animal lastimado que bajara del monte...*", y con la que da cuenta, a su vez, de sus privativas virtualidades plásticas, tanto en escultura como en la pintura.

ANDRÉS QUESADA se nos muestra como un magnífico retratista desde el ámbito de la escultura, con dos bustos adolescentes que ilustran de manera ideal el imaginario espiritual de *Cántico*, esa figuración pagana, tan característica, en la que la forma queda transformada por el sentido mágico de un significado desnudo, trémulo e incierto.

El maestro **JOSÉ CARRALERO** nos aporta una suerte de *fauvismo* constructivo, de gran sutileza cromática. Su estética aún trasluce algunos de los valores que caracterizaron al romanticismo, siempre connotada por una particular visión de la naturaleza en todo momento supeditada a la proyección del sentimiento y la vivencia del artista. Destaca Carralero como uno de los pintores más avezados de la contemporaneidad, especialmente relevante dentro del género del paisaje, al que se ha dedicado con auténtico apasionamiento, en la tarea de revitalizar su despliegue de resultados de una directa comunión empática con el propio entorno natural en que el artista desarrolla su vivencia creativa. Al margen del propio despliegue de su pintura, y de su comprometida labor docente, Carralero es también autor de numerosos artículos sobre arte, destacando entre estos ensayos su libro *Olvidar lo aprendido*, auténtico manifiesto de renovación para el paisajismo español.

Las obras que **JUAN HIDALGO DEL MORAL** aporta a esta muestra, *Figuras en interior* y *Rafael y Tobías*, vienen a constatar esa propensión hacia la monumentalidad de la efigie humana que tanto caracteriza a sus trabajos, y que sin duda deriva de su formación como muralista, donde las formas han de quedar circunscritas a una esquematización esencial. En la primera composición, unas figuras emergen desde las sombras del interior de una estancia. Resueltas pinceladas instrumentan la precisa función constructiva para recrear una masculinidad épica, que se manifiesta vigorosa a través del expresionismo con que se determinan manos y rostros. No obstante, es el tratamiento dado a la luz el recurso que mejor suscita la adecuada recreación de la acción dramática.

La obra que representa a **JULIA HIDALGO** en esta exposición corresponde a una serie de fundamentación intimista, en la que recrea y nos muestra —situándose en el justo límite entre figuración e informalismo— una realidad deteriorada por el tiempo y la memoria. Para suscitar en el espectador esta propensión a la melancolía, Julia despliega todo un amplio repertorio de candorosas luminiscencias, de doradas tonalidades, que no hacen sino confirmar que la fuente de inspiración más directa de su pintura no es otra que el estudio de la luz. En su obra la veladura se torna pátina, convirtiéndose en memoria contenida;

así, sus cuadros son casi incunables, hablan de un estado del alma primigenio, de pureza material, de cal y arena... emergen como un privativo paisaje interior donde concurre la tenacidad por construir una identidad artística propia.

DESIDERIO DELGADO ha venido desarrollando distintos programas, que siempre ha secuenciado a la búsqueda de nuevos recursos para concretar sus trabajos. Esta iniciativa experimental alcanzó metas culminantes en la serie dedicada a las fuentes, a la que pertenece uno de los trabajos aportado por el artista a esta exposición, de título *Fuente del pez*. En esta obra los reflejos y ondulaciones del agua, los sobrios planos geométricos con que se describe el motivo, la destellante vibración de las superficies, el acentuado reencuadre a que somete lo representado..., adquieren el auténtico protagonismo del cuadro, como si de una composición abstracta se tratara. Y ciertamente lo es, pues como en el Mito de la Caverna, lo que aquí percibimos nos remite también a un mundo circundante al propio cuadro, que vislumbramos espejeante sobre la superficie del agua, mostrándonos así un doble "reflejo" del mismo: una imagen de la realidad doblemente filtrada por el espejismo de las aguas y por la retina del pintor.

Participa **ANTONIO BERNAL** en la presente muestra con la escultura dedicada en 2013 a San Juan de Ávila, encargo que fue realizado mediante concurso convocado por parte del Cabildo de la Catedral para conmemorar el nombramiento del sacerdote como Doctor de la Iglesia en 2012, y que quedó dispuesta en una de las capillas del antiguo muro de la *qibla* de la Mezquita de Córdoba, que fue dedicada al santo para honrar su memoria de cara a las generaciones futuras, y bendecida con motivo de la clausura del Año Jubilar avilino. Se trata de la pieza original a partir de la cual se realizó la de tamaño mayor que el natural, en madera policromada. Se representa al santo sentado, en su doble condición de sacerdote y doctor, y en actitud de transcribir sobre el papel sus ascéticos escritos, con el rostro elevado hacia el cielo, evidenciando la divina procedencia de su fuente de inspiración. Completa su aportación Bernal con un fiel y desenvuelto retrato escultórico del poeta y alma mater de *Cántico*, Ricardo Molina, modelado expresamente para la ocasión. Corresponde, ciertamente, un pedestal ilustrado para disponer a quien tanto amó la palabra, hasta el punto de afirmar... "*Algo mío quedará entre los hombres, / (...) quedará sólo intacta la armonía / que consumió la ciega madera de mis años.*"

MARÍA JOSÉ RUIZ nos confirma su decidida apuesta por una pintura preciosista y rutilante, tal y como si de una plástica gema se tratara: en *Kopfschmerzen die bestie*—dolor de

cabeza, debido a una situación emocional— reinterpreta una vivencia para *Cántico*; para quienes en otros tiempos difíciles perseveraron dentro de una estética humanista, ofreciéndonos el "*gozo de su palabra para el futuro cierto*". Su Narciso se inspira en el poema "Junio" (1957), de Pablo García Baena: "*Como si Narciso nos contemplara / con sus diluidos ojos de verde agua...*", apostillando su decidida apuesta por la belleza, el vitalismo y la alegría.

El escultor **LUIS M. GARCÍA CRUZ** recrea ese proverbial abrazo entre la plástica y la poesía, haciéndolo extensivo a comunes fundamentaciones compositivas igualmente compartidas entre el cubismo y unos ritmos y texturaciones de evidente filiación expresionista.

RESEÑAS BIOGRÁFICAS DE LOS ARTISTAS-ACADÉMICOS PARTICIPANTES

GINÉS LIÉBANA VELASCO (Torredonjimeno, Jaén, 1921)

Pintor, poeta y dramaturgo, de poliédrica y fecunda personalidad. Residente en Córdoba desde su niñez, inició su formación plástica en la Escuela de Artes y Oficios. Ha realizado numerosas exposiciones individuales con su obra, tanto en España como en el contexto internacional, desplegado igualmente una importante labor como poeta y como autor dramático, de portentosa y sorpresiva inventiva.

En todos sus paisajes se hace patente la presencia humana. A Ginés las vistas panorámicas vacías, sin figuras, no le interesan. Introduce constantemente personajes que constituyen arquetipos del comportamiento humano, de la voluntad, de la ira, del amor, del deseo... recreándose así un mundo imaginario extraído del ámbito del delirio o de los dominios del subconsciente, de una gran belleza plástica. En estas obras el mundo se torna teatro y la ficción se convierte en posible representación. Lo absurdo, el ámbito de lo irracional, las imágenes oníricas, lo mágico, lo misterioso, lo hermético, lo insólito... tienen cabida en este cosmos privativo que fluctúa entre el *teatro del absurdo*, de Valle Inclán, y el drama shakespeareano. Liébana nos habla en sus cuadros de la zozobra de la humanidad, de una suerte de destino universal de la especie, ácidamente trascendido. Por eso, en ocasiones, las figuras se descomponen o mimetizan en el paisaje, desintegrando en él su carnalidad o engastando su concreción física en la propia orografía mineral del cuadro.

Como Grandville, también Ginés gusta de humanizar a los animales en sus obras; como Beardsley, en ocasiones encuentra oportuno bestializar a sus semejantes. Surge así un extraño

repertorio de seres tocados por la aureola de lo insólito, que habitan el espacio misterioso de los cuadros posados sobre el relieve del paisaje, o levitando su presencia inquietante en la atmósfera de ensueño recreada por el artista.

Para la consideración de su obra creativa es preciso moverse en un lenguaje disperso. Liébana tiene una visión cósmica de la existencia, en una línea muy oriental. Todo está interrelacionado, también la pintura; por eso concibe el despliegue de la plástica como una manera de vivir ("*cada cuadro es el comienzo de una nueva biografía*"); también, para él, la propia vida puede ser una ficción, como lo es aparentemente la pintura. De la mano de los postulados de Heráclito, concibe la vida como un torrente. La pintura se ha de considerar así también. Nada está acabado. Por eso Ginés retoca constantemente sus cuadros. A Ginés le preocupa menos pintar bien que transmitir, que el cuadro esté dotado de impresión dinámica. El ingenio y la facilidad de factura son, a su juicio, instrumentos peligrosos para el artista. Los conceptos de belleza y sentimiento —emoción—, como fundamentos creativos, enriquecen la estimación de la pintura, de manera que no comparte el desdén actual hacia la belleza. En su proceder encuentra, a veces, la belleza mediante la consideración del fragmento en la obra de arte. Propugna el luminismo seráfico, una suerte de humildad franciscana que nos permite descubrir el mundo sencillo, natural y sabio que todos llevamos dentro. Para hablar a través de la pintura, lo más eficaz y sutil es la insinuación, la ambigüedad, dejar a un lado los discursos originales. En su obra no se omite el sentido del humor, al que otorga un gran protagonismo. Para Liébana, los esfuerzos en solitario carecen de sentido, ya que no trascienden. Sólo se propaga aquello que surge del vínculo colectivo de la amistad (la *Isla Amistosa*). Ginés gusta de transmitir lo que descubre, como fórmula de enriquecimiento personal. Reconoce el artista que su mayor capital es el entusiasmo, que se ha pasado la vida entera suministrando energía. Tampoco cree conveniente ejercer control alguno sobre las emociones; a su juicio, hay que arriesgar y equivocarse, no estar continuamente sometido al código del miedo. Se trata de dar desarrollo preeminente al impulso emocional; entonces fluye algún grado de verdad en el trabajo del artista.

JUAN POLO VELASCO (Fernán-Núñez, Córdoba, 1923)

Sin lugar a dudas, se trata del decano de los escultores cordobeses, del que cuenta con una más amplia trayectoria vital en relación con esta especialidad de las artes. Desde que en 1940 se matriculara en la Escuela de Artes y Oficios "*San Telmo*", de Málaga, sus incursiones en el dominio de las exhibiciones plásticas han sido constantes y numerosas. En Madrid, estudió

y trabajó en el taller de Mariano Benlliure, del que fue durante dos años avezado discípulo, hasta matricularse en la Escuela Superior de Bellas Artes "*Santa Isabel de Hungría*", de Sevilla, para proseguir sus estudios y completar su formación. En 1969 ingresa en la Real Academia de Córdoba.

A lo largo de su vida ha obtenido numerosas condecoraciones de carácter nacional y se ha ocupado de atender diversos encargos planteados desde una estética naturalista dentro del ámbito de la imaginería religiosa, especialidad ésta —junto a la del retrato— en las que Polo ha conseguido ratificarse como un auténtico maestro.

Desde 1956 habilitó taller propio en Fernán Núñez, luego convertido en casa-museo donde ha logrado reunir una amplia y completa representación de su producción escultórica.

ANTONIO BUJALANCE GÓMEZ (Doña Mencía, 1934)

Becado en 1948 por la Diputación Provincial de Córdoba inicia su formación en la Escuela de Artes y Oficios. Estas enseñanzas tendrían continuidad en la Escuela Superior de Bellas Artes *Santa Isabel de Hungría*, de Sevilla, donde culminaría sus estudios en 1963. Completará su formación en la Escuela de Pintura Mural Contemporánea de San Cugat del Vallés, en Barcelona, incorporando conocimientos y recursos que más tarde desarrollaría ampliamente a nivel profesional.

Antonio Bujalance es, a todos los niveles, artista de dilatada trayectoria, que cultiva con notoria perfección tanto el mural como la pintura de caballete, destacando en ambos dominios sus características visiones de carácter neofigurativo, de un cierto trasfondo constructivista. Se ha distinguido igualmente como retratista, legándonos imágenes excepcionales de las más importantes personalidades de la Córdoba contemporánea. En este sentido, su *Retrato del tenor Pedro Lavirgen* es, quizás, uno de sus mejores trabajos; o el realizado a *Lagartijo*, en el que nos muestra, con el rigor característico de su dibujo, una colosal imagen del diestro, resuelta con ejemplar soltura, acentuado dinamismo y compensado colorido.

En estos últimos años su arte evoluciona hacia una grave y desoladora reflexión en torno a la degradación de la naturaleza y el paisaje de nuestro tiempo. Una reflexión que estilísticamente se plasma en un vívido expresionismo *tachista*, de formulaciones aparentemente abstractas, que no disuenan de su anterior trayectoria, siempre orientada al estudio de los distintos valores cromáticos y matéricos.

JUAN A. CORREDOR MARTÍNEZ (Bujalance, 1940)

Uno de los escultores cordobeses de más solera, de más trabajoso abolengo, artífice de una extensa obra, unánime-

mente reconocida y premiada por la crítica especializada. Sus comienzos se fraguaron en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, donde fue discípulo del escultor valenciano Amadeo Ruiz Olmos, en cuyo taller trabajó como sacador de puntos y en fundición a la cera perdida, técnica ésta en la que llegaría a convertirse en uno de los más cualificados maestros del panorama contemporáneo.

En 1963 ultimó sus estudios de Bellas Artes en Madrid. Pocos años después iniciaría una vinculación docente que le llevó hasta la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Granada, donde ejerció como Profesor de Término de *Modelado*, más tarde, en la Facultad de Bellas Artes de Granada, donde impartiría clases de *Escultura*.

En 1993 fue nombrado Académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes "*Nuestra Señora de las Angustias*", de Granada; en 1995 de la de Bellas Artes de "*Santa Isabel de Hungría*", de Sevilla; y en 2007 *Correspondiente* de la de Córdoba.

Aquellos deliciosos desnudos femeninos que caracterizaron su escultura en la década de los setenta del pasado siglo, comenzaron a perder el vago clasicismo que los caracterizaba, para adentrarse en otras secuencias programáticas en las que sin renunciar a una modernidad inherente, evolucionará hacia la concreción de formas plenas, resueltas con ricas texturaciones, siempre reveladoras de una vigorosa fuerza expresiva. Como señala Manuel Lorente, "*... las mismas y siempre renovadas formas que se encuentran en sus pulcros grabados y en el mundo misterioso de sus pinturas, donde el expresionismo de los enigmáticos personajes que lo pueblan no rompe la extraña armonía de la atmósfera que los envuelve*".

ANDRÉS QUESADA CLAVIJO (Santisteban del Puerto, 1940)

Inició sus estudios artísticos en las Escuelas Profesionales de la *Sagrada Familia*, de Úbeda y Andújar. En 1959 comienza a cursar *Bellas Artes* en la Escuela Superior "*Santa Isabel de Hungría*", de Sevilla, licenciándose en la sección de *Escultura*. Ha desplegado funciones docentes como catedrático de *Dibujo* en el IES "*Luis de Góngora*", de Córdoba, hasta su jubilación, que tuvo lugar en 2008, ocupándose de dirigir, igualmente —con gran acierto y esforzado afán—, la Sala *Góngora*, vinculada a este centro educativo de referencia provincial.

Ha sido becado por diversas instituciones, y en numerosas ocasiones su obra se ha hecho merecedora de importantes galardones de convocatoria nacional.

Sus trabajos figuran representados en centros oficiales y ámbitos públicos. En esta misma línea ha colaborado en importantes muestras colectivas.

JOSÉ SÁNCHEZ CARRALERO (Cacabelos, León, 1942)

Una vez trasladada su familia a Madrid, inicia su formación artística con dieciséis años en la Escuela Central de Artes y Oficios de la calle *La Palma*, obteniendo Premio Extraordinario en *Dibujo*. En 1960 ingresa en la Escuela Superior de Bellas Artes de *San Fernando*, desarrollando sus estudios de pintura con extraordinario expediente académico, hasta el punto de conseguir el Premio de la Fundación "Molina Higuera", y la beca de *Paisaje* que otorgaba la Fundación Rodríguez-Acosta para el disfrute de una pensión durante el verano en su Residencia de Artistas, en Granada, llegando a mostrar sus trabajos en la Exposición Anual de Becarios que se organizaba en el "carmen" de la fundación. En 1965 se tituló como *Profesor de Dibujo*, en la especialidad de *Pintura*.

Su carrera docente la inicia en 1966, como becario ayudante en la Cátedra de *Paisaje* de la Escuela Superior de Bellas Artes de *San Fernando*. En diciembre de 1970 viaja a la República de El Salvador, donde permanecerá durante dos años, ejerciendo como profesor del Bachillerato de Artes Plásticas y Escuela Nacional de Artes en la capital. Durante este periodo expone sus trabajos en importantes espacios expositivos de Centroamérica. A su vuelta a España, en 1973, se incorpora como profesor interino a la Cátedra de *Paisaje* de la Escuela de Bellas Artes de *San Fernando*, aunque será en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Barcelona donde finalmente obtendrá, en 1979, mediante concurso-oposición libre, su nombramiento como Catedrático numerario de *Paisaje*. Dos años más tarde, en virtud de concurso de traslado, se instala en Madrid, para ocupar la cátedra de *Preparatorio de Colorido* en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense. Su predilección por la pintura ejecutada al aire libre le vinculan, entre 1985 y 1988, a la dirección de los cursos de Becarios de Paisaje de *El Pualar*, en Rascafría (Segovia), y a ocupar la Cátedra de *Paisaje* de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid.

El reconocimiento a su obra le ha proporcionado gran número de distinciones a lo largo de su ya larga trayectoria profesional, nombrándosele en 2002 Académico Correspondiente de la Real Academia de Córdoba.

JUAN HIDALGO DEL MORAL (Fernán-Núñez, 1943)

Comenzó su formación artística en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos "*Mateo Inurria*". Pensionado por la Diputación de Córdoba para continuar sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de *San Fernando*, en Madrid, donde se licenció y posteriormente se especializó en *Restau-*

ración y en *Pintura Mural*, haciéndose merecedor del Premio de la Fundación Madrigal, con que anualmente se distinguía a dos alumnos que hubiesen terminado brillantemente sus estudios, uno de la sección de Pintura y otro de la de Escultura. También fue pensionado por la Fundación *Rodríguez-Acosta*. Posteriormente, a lo largo de su dilatada carrera profesional, ha desarrollado una comprometida —y reconocida— trayectoria como docente, ejerciendo como Catedrático de *Dibujo Artístico* en Úbeda (Jaén) y en Córdoba, donde fue director de la Escuela de Arte "*Mateo Inurria*" hasta pocos años antes de su jubilación. Es miembro «*numerario*» de la Real Academia de Córdoba y «*correspondiente*» de la de Granada.

Desde 1982 viene realizando amplias series compositivas que se centran en la estimación y glosa del orbe de los más destacados intérpretes literarios, como hiciese en la cordobesa Sala *Mateo Inurria*, en torno al *Polifemo* de D. Luis de Góngora. Centrado en la consideración de la figura humana, es un autor de sólida y muy completa formación, de estilo independiente en relación a cualquier tendencia en boga, que sigue una tradición que arranca en Vázquez Díaz, de quien fue discípulo. En su pintura, que no obstante asume inteligentemente las más permanentes formulaciones y experiencias del arte contemporáneo, muestra Hidalgo un concepto actual del clasicismo. Fiel a una llamada interior, fija sus ojos en una serie de formas y de etapas ejemplares —y prestigiosas— de la historia: en la juvenil tradición grecorromana; en los maestros del Renacimiento italiano o de la lírica del Barroco. Dominio y sabiduría técnicos; gravedad, serenidad y mesura acogidos al ámbito y atmósfera normativos de una ciudad como Córdoba que, a pesar de sus esplendores andalusíes, no ha olvidado el fundamento romano de su estirpe. Y todo ello aunado a una profunda sensibilización hacia las puras revelaciones de la belleza ideal, pues como todo clasicismo, la pintura de Hidalgo del Moral se elabora sublimando los motivos que la realidad nos muestra, socavando las imágenes primigenias de un modelo —o de un recuerdo— en la búsqueda tenaz del arquetipo como pauta de acción en sus trabajos. Así, el artista plasma lo que debiera ser y entrevió quizás en otra especie de existencia anterior más plena y rica en perfecciones, aunando en sus figuras —a la vez— ciertas notas de sensualidad y melancolía, de suspenso estatismo y añoranza, en efigies que parecen estar contemplando no ya sólo el pasado sino un más glorioso tiempo anterior casi edénico.

JULIA HIDALGO QUEJO (Córdoba, 1948)

Su primer contacto con el arte tiene lugar en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, para proseguir su formación en la

Escuela Superior de Bellas Artes *Santa Isabel de Hungría*, de Sevilla, y en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Barcelona, donde obtuvo finalmente su licenciatura. Ha sido profesora de *Dibujo* en la Escuela-Taller de *Restauración* de la Diputación Provincial de Córdoba. En los últimos años ha continuado atendiendo estas competencias formativas en su propio taller, al tiempo que ha sabido desplegar una intensa y constante actividad creativa.

La trayectoria de Julia Hidalgo como artista en activo ha sido continua desde la década de los 70 del pasado siglo, acudiendo a ferias de arte y exposiciones tanto nacionales como internacionales. Su obra ha sido reconocida en los más prestigiosos ámbitos pictóricos, en los que ha obtenido gran número de distinciones.

Sus recursos propician el despliegue de un sugerente cromatismo y una desenvuelta factura, siempre reveladora del pleno dominio del oficio y de las amplias capacidades sobre las que en toda circunstancia articula su particular discurso compositivo, invariablemente presidido por un constitutivo buen gusto y un diáfano sentido de la armonía y de la síntesis. En la pintura de Julia habita una suerte de realismo de lo esencial, que nos muestra de la realidad misma sólo aquello que, a su juicio, merece ser trascendido. Da desarrollo a sus composiciones mediante el despliegue de manchas informes que quedan dispuestas sobre el lienzo con la difícil naturalidad que posibilitan su desconcertante dominio técnico —mediante el que valora, ante todo, la superficie pictórica, los aspectos matéricos y visuales de la obra, sus texturas e implícita plasticidad— y su exquisita sensibilidad. Domina Julia como pocos autores las posibilidades de los procedimientos pictóricos, con los que ha sabido alcanzar —tras vertebrar su esforzado proceso evolutivo— un estilo propio dentro de la figuración contemporánea, no exento de constantes guiños y alusiones a emergentes presencias socavadas desde el mismo ámbito de la abstracción.

DESIDERIO DELGADO CHAVARRÍA (Puente Genil, 1955)

Comenzó su formación en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, en la que se graduó en *Gráfica Publicitaria* en 1980. Dedicado fundamentalmente a la estimación del paisaje, en su obra predominan los entornos naturales del valle del Guadalquivir y de la campiña cordobesa, que ha sabido plasmar con resuelta maestría.

En 2006 fue distinguido como Académico Correspondiente de la Real Academia de Córdoba.

Su obra se enmarca dentro de una figuración de lenguaje innovador y excelente despliegue, sobre todo en lo concerniente al aspecto técnico, siendo a través del paisaje donde su pintura

alcanza los más altos logros. Con su particular elección del motivo da desarrollo a vistas y encuadres que se muestran ante el espectador como una ensoñación idílica —no exenta de melancolía—, serena y ajena al decurso de un tiempo que, ante la visión de estos lienzos, parece haberse detenido.

Como concurre en el caso de ciertos maestros, Desiderio "dibuja" con el color, con los propios límites que cada uno de estos campos cromáticos va determinando sobre la tela, ya sea por contraste o tonal solapamiento. Así, gusta de empastar sus motivos propiciando infinitas armonizaciones dentro de una preestablecida superficie de coloración. Sus trabajos denotan la sensación del *pleinairismo*, de una absoluta sinceridad en lo concerniente a la "vivencia" emotiva, y en lo relativo a la determinación del argumento desde el propio contexto natural, al quedar igualmente integrados en la obra factores extrapictóricos —sugerencias sonoras, olfativas o táctiles— que el artista ha absorbido a través de sus sentidos.

ANTONIO BERNAL REDONDO (Córdoba, 1957)

Formado en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Córdoba, donde ingresó con doce años, graduándose en *Delineación Artística* en 1976. Su periplo vital ha transcurrido vinculado a esta ciudad, en la que el arte persevera como constante al paso de la historia.

No obstante su inicial vocación profesional, apasionado por la escultura continuó su aprendizaje en este dominio, en un principio como restaurador, interiorizando las técnicas y métodos de trabajo tradicionales que fundamentaron la "gran escultura" española de los siglos XVI, XVII y XVIII —ya que referirnos a un único "siglo de oro" sería sumamente reductivo—, y en especial, de los maestros Martínez Montañés, Juan de Mesa y Alonso Cano. Llevado por su natural vocación creó taller, en un primer momento asociado al también escultor Francisco Romero Zafra, convirtiéndose en artista-imaginero. Su participación en la magna exposición *Arte y Diseño en las Cofradías* (1987), realizada en el Palacio de la Merced y organizada por la Diputación de Córdoba, le deparó sus primeros encargos: el *Nazareno de Adamuz* (1990) y la *Virgen de la Soledad*, de Don Benito, Badajoz (1991). Desde aquellos iniciales compromisos profesionales, provisto de enorme capacidad de esfuerzo y de trabajo, y motivado por un constante afán de superación, no ha cesado de atender una permanente cadena de encargos

para distintas cofradías y hermandades de penitencia de toda España, y también, puntualmente, del ámbito internacional.

En 2001 decide instalar taller propio, que desde entonces regenta a título individual en la cordobesa Plaza de *las Doblas*. Entre sus obras más reconocidas destacan las realizadas para la Hermandad del *Prendimiento*, de Córdoba, entre 1998 y 2008; para la Hermandad de la *Santa Cena*, de Jaén, entre 2000 y 2006, atendiendo encargos de otras muchas cofradías de ámbito estatal, y también para Sudamérica.

MARÍA JOSÉ RUIZ LÓPEZ (Montilla, Córdoba, 1966)

Tras secuenciar un itinerario formativo tan completo como insólito —Licenciatura en *Derecho* (1991), Diplomatura en *Lengua y Cultura Italianas*, en las Universidades *Dante Alighieri*, de Reggio Calabria, y de Bolonia—, María José Ruiz decidió vehicular su discernimiento e ilustración a través de la pintura, especialidad en la que se licenció en 1999, por la Universidad de Sevilla.

Como renovadora de una estética realista, manifiesta una constante propensión hacia la estimación de obras de gran formato, en las que la consideración de los recursos espaciales y lumínicos se convierten en auténtico *leit motiv* de cada trabajo, al margen de la ficción programática representada que, no obstante, siempre trasluce un profundo conocimiento de los recursos plásticos que son inherentes al esforzado oficio de la pintura, lo cual vincula sus composiciones al "gran estilo" que desde siempre ha transitado —silente, pero rotundo— al paso de los siglos.

Desde 2007 forma parte de la Academia de Córdoba, siendo nombrada como *Correspondiente* por la localidad de Montilla.

LUIS M. GARCÍA CRUZ (Rute, Córdoba, 1966)

Licenciado en Bellas Artes, en la especialidad de *Escultura*, por la Universidad de Sevilla. Ha realizado diferentes cursos de perfeccionamiento que van desde el diseño asistido por ordenador, la restauración de monumentos, grabado, paisajismo..., hasta la fundición en bronce. Diseñador y redactor de la revista literaria *Ánfora Nova*, ha participado en otras publicaciones nacionales. Es colaborador del Equipo A8 de Conservación y Restauración y, desde 1991, profesor de *Modelado y Vaciado* en Escuelas de Artes Plásticas y Diseño.

Desde 1986 concurre con sus obras a diversas muestras colectivas desarrolladas en Sevilla, Huelva, Tenerife, Córdoba y Jaén.

Algo mío quedará entre los hombres
así flotante pluma hacia el viento
largo río perenne, correza
con el son de mi vida que en el mundo
Quedará solo intacta la armonía
que consumió la ciega medida de los siglos.

Ni palabra ni son me dirán
y si embargo no me iré del mundo
En cuanto a mi fidelidad
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada solidad de montañas y valles
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barba
La luna del verano bañará un paisaje,
la camufla donde hombres y mujeres
Sean ríos pastorales

Ricardo Molina



Fundación

Cajasol

OCT. - NOV. 2017

del MORAL